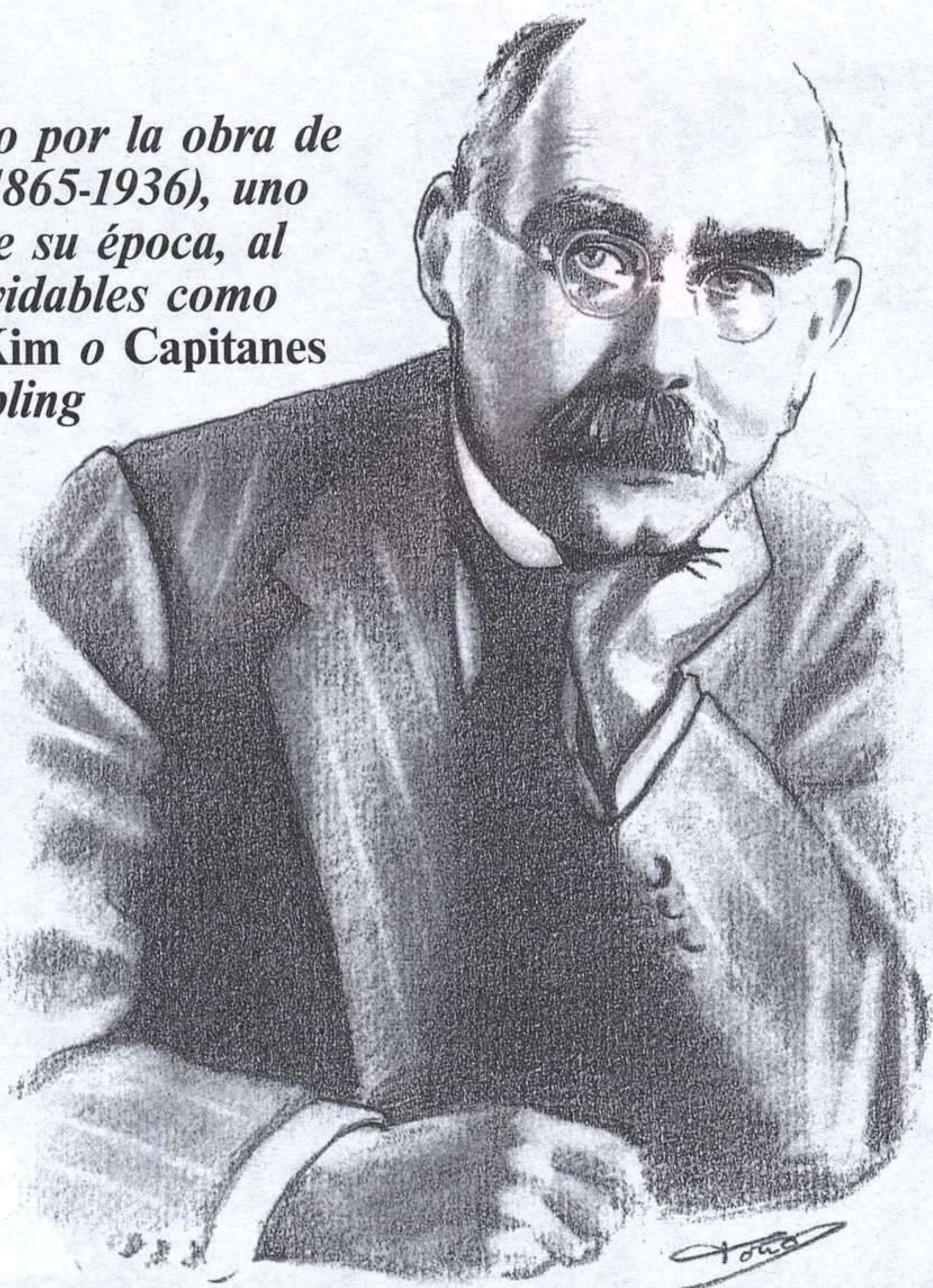


Kipling: el hombre de las tierras vírgenes

por Juan Tébar*

Breve, pero intenso recorrido por la obra de Rudyard Kipling (Bombay, 1865-1936), uno de los mejores narradores de su época, al que debemos obras tan inolvidables como los dos Libros de la selva, Kim o Capitanes intrépidos. Sin embargo, Kipling tuvo sus detractores. Se le colgó el sambenito de formador de la juventud, y su fervor y defensa del Imperio Británico ha provocado en la crítica contemporánea reacciones contrarias que empañaron su prestigio. De estos claroscuros en la vida y obra de Kipling también habla este artículo, cuyo autor sitúa, sin embargo, la calidad literaria del escritor por encima de otras consideraciones ideológicas o políticas.



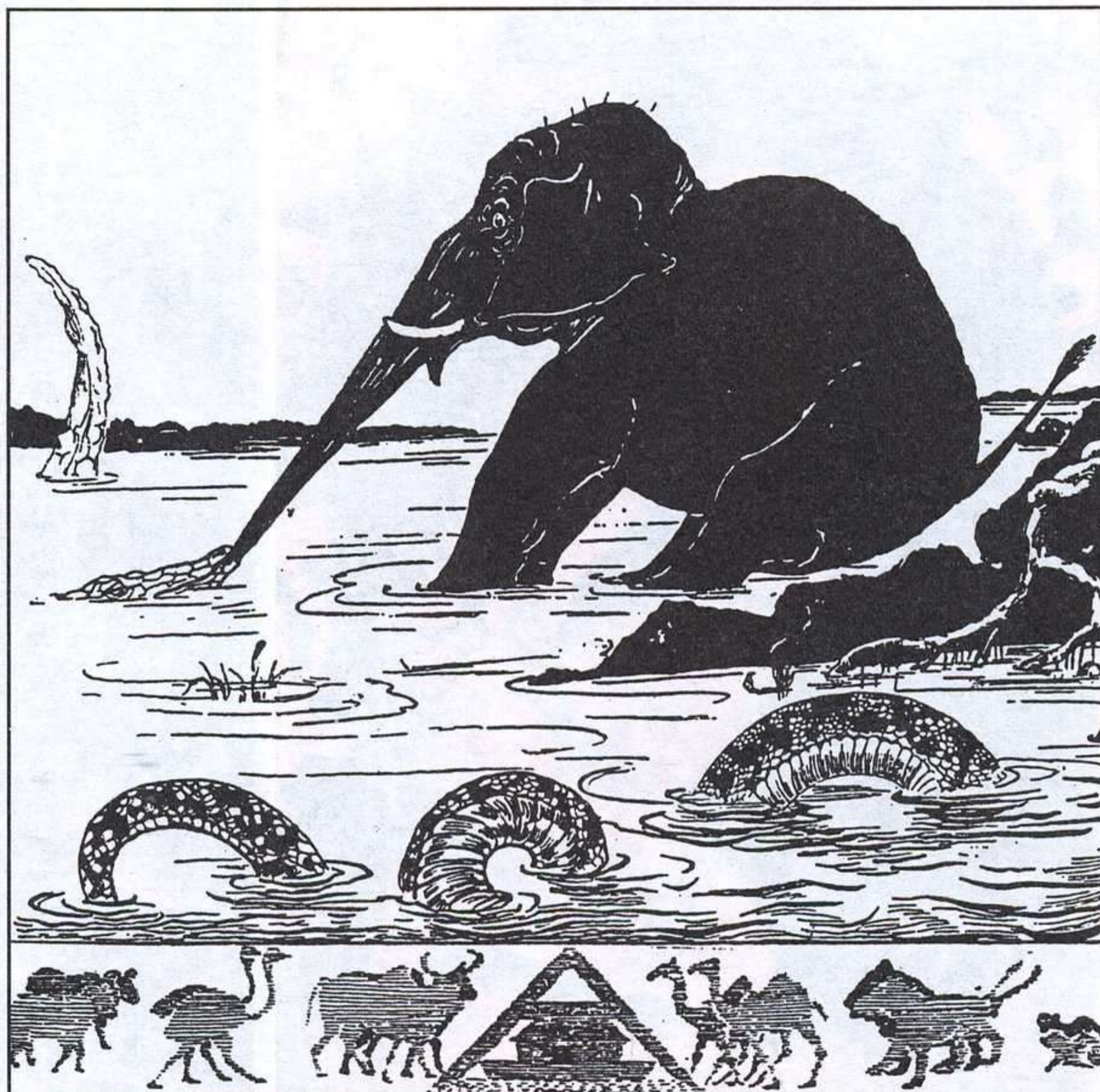
RUDYARD KIPLING, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, MADRID: ANAYA, 1988.

No digo el hombre de la selva, ni el hombre de la jungla (que corresponderían mejor a la traducción de su libro más célebre: *The jungle book*), porque uno es fiel a sus conocimientos de infancia. Y yo leí, de pequeño, el famoso libro de Kipling con ese título en la edición de Gustavo Gili de 1954. Tenía un elefante gris en la portada, sobre fondo verde, y nada más abrir el libro, el rostro saludable y sonriente de Sabú, actor que hizo de Mowgli en la versión mítica del libro de 1942, producida por Zoltan Korda y dirigida por Alexander Korda. Los Korda eran unos hermanos húngaros bastante avispados que hicieron gran fortuna en Hollywood. Sabú que, también con los Korda, había interpretado otro personaje del libro de Kipling —Toomai el de los elefantes— fue un joven hindú de brillante pero corta carrera. Murió a los 40 años después de haber sino nada menos que Mowgli y el ladrón de Bagdad. Le vimos en algunas otras películas de entrañable colorido y romántico recuerdo. Pero, «ésta ya es otra historia»... Como dicen que decía Kipling.

Aquella edición cambió la selva por el término más amplio de *tierras vírgenes* por incluir otros cuentos, además de la historia de Mowgli, como *Quiquern* y *La foca blanca*, que sucedían en el polo. Y eso no es *la selva*, aunque el propio Kipling (y ediciones más recientes como la de Anaya en la colección Laurin, 1988) también añadiese, en el llamado *Segundo libro de la selva*, relatos que no eran de Mowgli, y que sucedían en otros parajes.

Vencer al tiempo

Además, lo de *tierras vírgenes* (idea, supongo, del traductor de entonces, Ramón D. Perés, «C. de la Real Academia Española», como rezaba textualmente en el libro) puede ampliarse para adjudicarlo a Kipling



RUDYARD KIPLING, PRECISAMENT AIXÍ, BARCELONA: JUVENTUD, 1983.

y referirlo a los espíritus supuestamente vírgenes de los adolescentes *fecundados por la emoción de sus obras*. En cuanto al sentimiento asumo la idea, pero imito la frase rimbombante del estilo de entonces. Véase como muestra el final del prólogo en aquella edición del citado traductor académico, con cuya introducción nos colábamos los chicos de aquellos años en la selva de Kipling:

«Como libro útil para la educación de la voluntad en los niños, yo no dudo en recomendar éste de un hombre de voluntad de hierro. De igual modo podría un médico prescribir un tónico y mucho ejercicio al aire libre a quien él viera que lleva en el rostro el sello de la anemia.»

¡Toma del frasco! (del del tónico, claro), por eso yo he asociado siempre este libro a enfermedades y he pensado durante mucho tiempo que lo leí en la cama, con fiebre o algo parecido. Además, como yo siempre temía estar anémico, y me regañaban tanto por mi delgadez... Fobias de posguerra...

Pero lo de la voluntad algo tenía realmente que ver con Kipling. Al autor se le había colgado en su día —más o menos justamente— el sambenito de formador de la juventud. Esto, y su íntima relación amorosa con el Imperio Británico han provocado en la crítica contemporánea del autor, y a partir de los años 60 en adelante, reacciones contrarias que empañaron su prestigio. Eso sí, sin conse-



ALEXANDER KOSHKIN, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, MADRID: ANAYA, 1988.

guir mermar su talento. La crítica, la moda, la ideología pueden decir lo que quieran, pero lo escrito, escrito está, y mientras se habla de ella, la obra sigue viva, tan reaccionaria como siempre, si tal lo fuese, y tan hermosa como siempre si fuera el caso.

Sí, es éste el caso. Y la literatura vence a los prejuicios. Así podía afirmarlo quien esto escribe, en la edición para Anaya del *Segundo libro de la selva*, y me reafirmo en aquellos párrafos de hace cinco años:

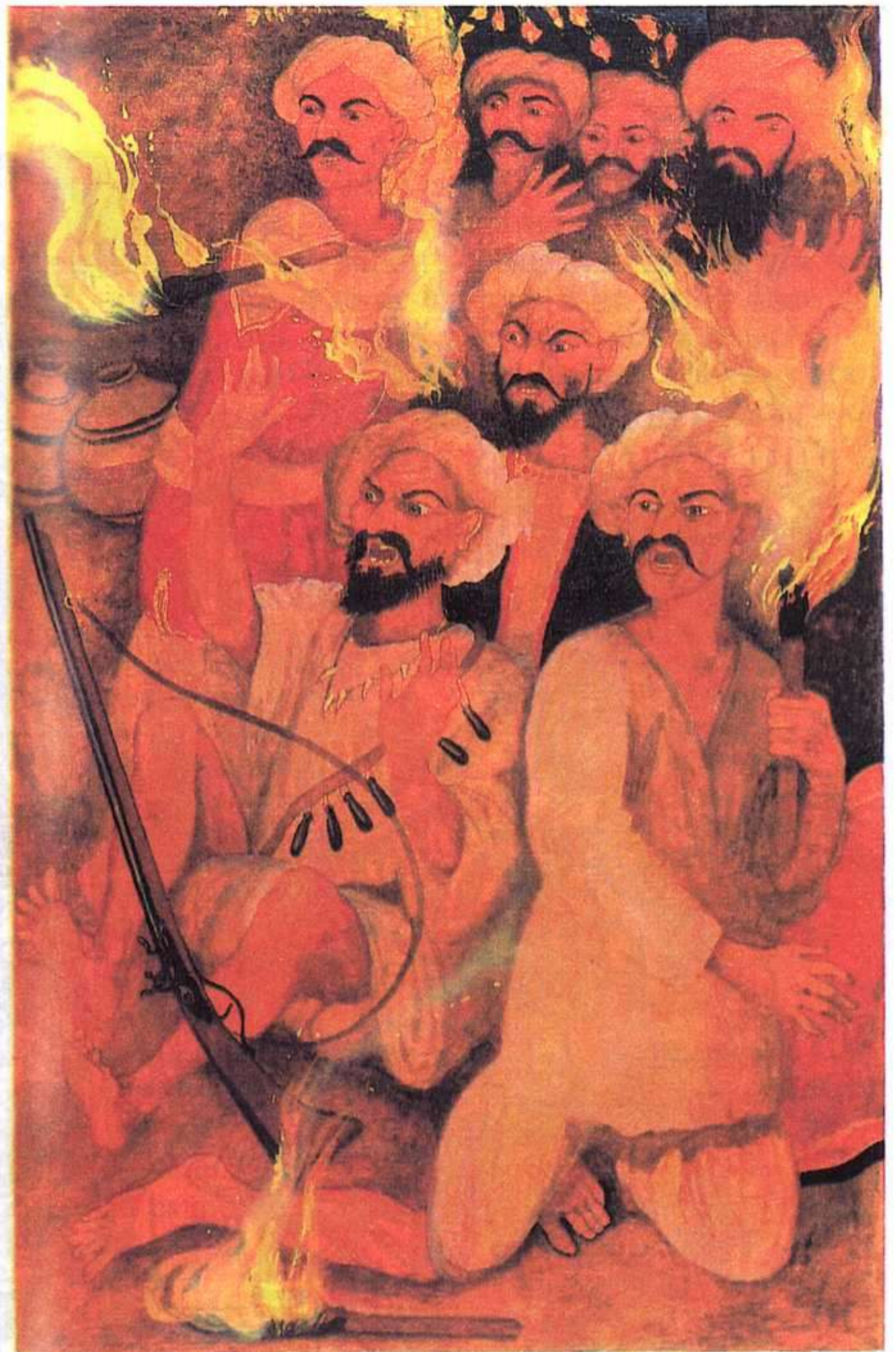
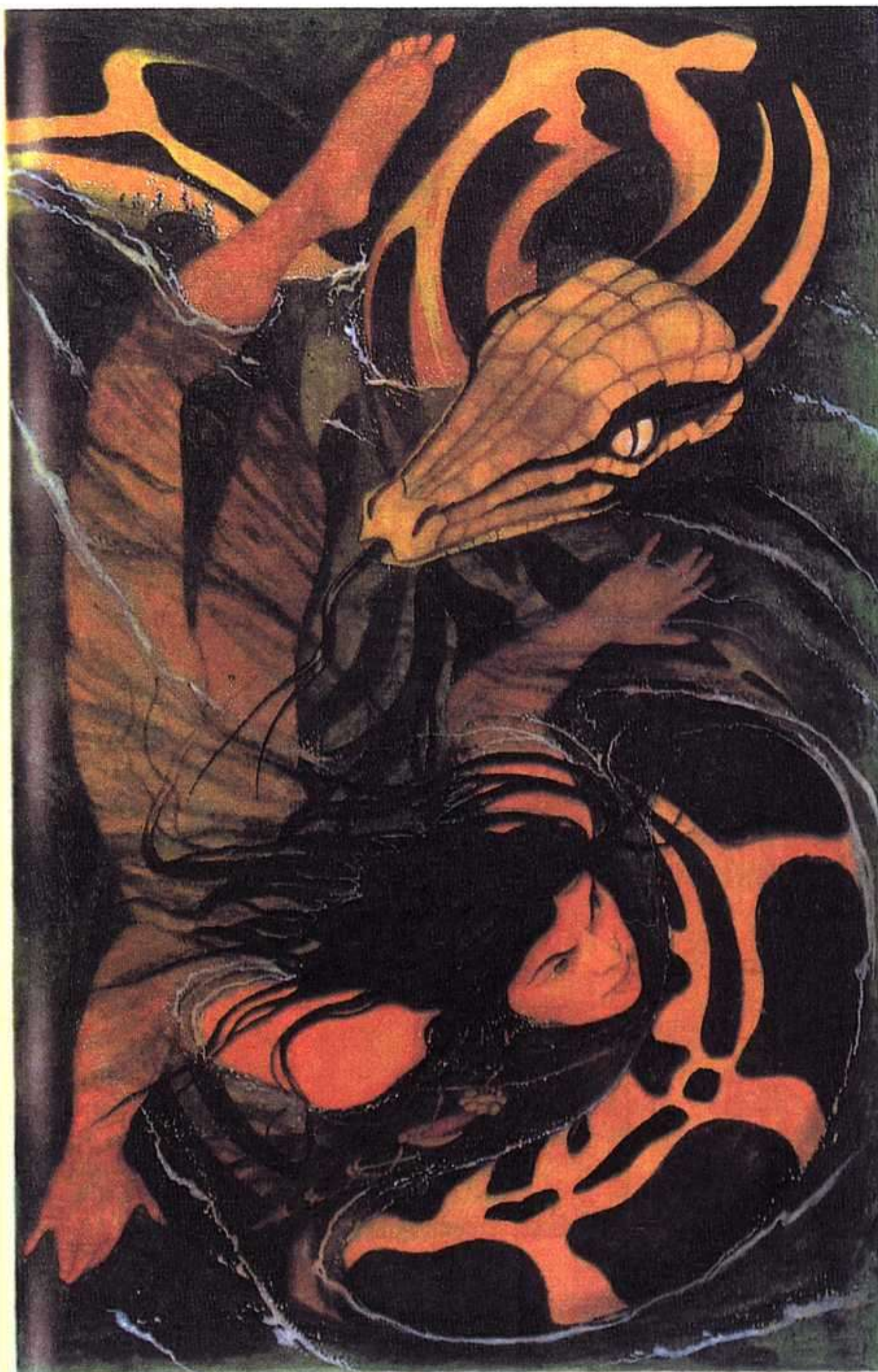
«[...] Rudyard Kipling, escritor famosísimo y progresivamente desatendido en su época, peculiarmente unido a muy concretas ideologías de su

tiempo, que le valieron tanto el aplauso como el rechazo de muchos lectores, sigue hoy vivo en la memoria de los que le leyeron con placer [...]. Kipling está hoy sólidamente presente en múltiples referencias culturales y en el reflejo que otras artes —el cine— han devuelto de sus fabulaciones. Y se le ofrece un brillante porvenir: nuevas gentes conocerán al que relató sus espléndidas aventuras... y si él creía que no fue escuchado —sus incompletas memorias están llenas de resabios y puntilloso despego respecto a su público, o a ciertos sectores críticos de ese público—, los que empezamos a leerle desde los años 50 hemos procurado escuchar su voz lo mejor posible, preservando la calidad del producto, limpiando su brillo de adherencias... Ahora, a partir de la liberación de sus

derechos de autor, las traducciones de sus obras se multiplican —y mejoran sin duda—, y los nuevos lectores tienen la oportunidad de conocer sus sueños cuando ya no se juzgan contaminados por determinadas ideologías, cuando vivimos una época en que —para bien y para mal— la primacía de la política vive un franco desprestigio... La obra de Kipling ha vencido al tiempo, venciendo a sí mismo, que se empeñó tanto como sus detractores en determinadas posturas que le enemistaron con la progresía de su época.»

El Imperio de If

No está de más detenerse un poquito en los aspectos de su obra que jus-



ALEXANDER KOSHKIN, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, MADRID: ANAYA, 1988.

tifican *la receta del Dr. Perés* (lo del tónico, ¿se acuerdan?) y que hemos llamado *el Imperio de If*, con título parecido al del famoso castillo del conde de Montecristo, en evidente referencia al Imperio Británico, y al poema de Kipling que interesadamente hicieron más célebres ciertas ideologías pedagógicas:

If (Si)

Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor pierde la suya...
Si puedes arrinconar todas tus victorias...

.....
Si puedes forzar tu corazón y nervios y tendones...

.....
Si puedes hablar con multitudes y mantener tu virtud...
Si, etc., etc., etc.

.....
Tuya es la Tierra y todo lo que en ella habita, y lo que es más, serás Hombre, hijo.

Recomiendo al lector que si puede acceder a una buena edición de la poesía de Kipling (existe una selección en castellano que no está mal: Madrid, Visor, 1985, con prólogo de T.S. Eliot y traducción de Luis Cremades) analice sin prejuicios cada estrofa del célebre poema para la formación de los cachorros del Imperio. Sus propuestas no son necesariamente reac-

cionarias, sino quizás altivas y un tanto utópicas. Pero, desgraciadamente, *If* ha sido usado durante demasiado tiempo como panfleto de represores y forjadores de la voluntad. Hora es quizá de reivindicar lo que el poema tenga ética y literariamente de aceptable. Habrá que olvidar que en muchos colegios mayores se colgaban esos versos sobre la cama, tal que un crucifijo, y Lindsay Anderson lo tomó como título de una película emblemática. Realizada precisamente en 1968, *If* fue una llamada a la rebelión en un colegio inglés sojuzgado por profesores autoritarios que se habían tomado al pie de la letra el poema, y lo interpretaban astutamente según sus criterios.



Rudyard Kipling recibiendo el premio Nobel vestido de caballero según un dibujo de la época.

De su fervor por el Imperio, ¿qué vamos a decir que no se sepa? Durante años, la palabra *Kipling* sonaba a clarín de héroe en una fortaleza atacada por los rebeldes hindúes (evocación de *Gunga Din*, película basada en textos de Kipling) y la Reina Victoria lloraba por las víctimas. Por las víctimas inglesas, claro.

Rudyard Kipling nació en Bombay en 1865. Su padre era el conservador

del museo de Lahore (figura que abre y potencia uno de sus mejores libros: *Kim*), y a lo largo de su vida ensalzó a los militares y funcionarios coloniales, fue ardorosamente fiel a la Corona, creyó con sinceridad en el entendimiento entre la raza dominadora y los indígenas *protegidos*, y anduvo contradiciéndose entre el *moderno* orden de Occidente y su opuesto: la selva, la jungla, las tierras que serían

realmente vírgenes si no las hubiese desflorado su querido Imperio. Para justificar estas ideas —o estas pasiones—, que tanto le reprocharon sus contemporáneos Wells y Shaw, Kipling las convirtió en metáfora: el Imperio Británico era una continuación del Imperio Romano. Así, cuando rastrea las huellas de las legiones en Britania (véase los cuentos de Puck, editados por Anaya en la colección Tus Libros, con traducción de Jorge Ferrer Vidal), está invirtiendo poéticamente su discutida pasión.

Pero todo en Kipling fue romántico. O idealista. Así, hasta sus tendencias políticas se resolvían en metáforas. Para ilustrarlo, nada más típico de su figura pública que un dibujo de la época que lo representa con armadura a lo Ivanhoe, en un torneo, arrodillado ante una dama que le entrega el Premio Nobel. Caballero Rudyard Kipling, paladín del Imperio de If, británico o romano, erguido el orgullo como en su poema, y recibiendo el galardón máximo en las justas que han premiado a sus sueños.

Los sueños

No estaría de más que repasáramos alguno de esos sueños. A sus obras me refiero, las que consiguieron para Kipling el honor de ser galardonado por tan bella dama, la gloria.

Entre sus primeros libros (de 1881 a 1890) hay cuentos de soldados, sus primeros versos, y homenajes a las gentes que colonizaban la India. Y una novela, llamada en castellano *Entre tinieblas*, que también sirvió para inspirar una película, que dramatiza conflictos entre la vida y el arte. Más relatos, algunos de corte fantástico y, en 1894-1895, los dos *Libros de la selva*, con la historia inolvidable del muchacho criado por los lobos. Ésta es, posiblemente, su obra más popular y la que más han leído los niños de todo el mundo.

Durante los seis años siguientes pu-



EDUARDO FEITO, EL SEGUNDO LIBRO DE LAS TIERRAS VÍRGENES, BARCELONA: BRUGUERA, 1982.



JOSEP NOGUÉ, KIM, BARCELONA: LA MAGRANA, 1986.

blica otras dos novelas: *Capitanes intrépidos* (¿ha podido alguien olvidar la película?), y *Kim*, para algunos su obra maestra. Fue su última novela. Pero, de los cuentos que siguieron, dice Borges que «cada uno tiene el poderío y la densidad de una novela larga». El resto de su obra, diecisiete libros narrativos y de poesía, y una autobiografía póstuma, compone un cuerpo literario riquísimo donde se dan la mano el realismo e incluso el costumbrismo con el escalofrío de lo sobrenatural.

Sus truncadas Memorias se titularon *Algo sobre mí mismo*. No cuenta demasiadas cosas, no al menos para los ávidos de descubrimientos íntimos. Declara que lo más importante es la infancia: «Dadme los seis primeros años de la vida de un niño y os cedo lo demás», y dedica el libro a *mis amigos, conocidos o desconocidos*. Gracias, somos de los segundos, pero la amistad no es menos sincera.

Las criaturas

Esos sueños tenían protagonistas. Y de algunos de ellos vamos a hablar ahora, cumplida la obligación de no eludir sus claroscuros políticos. Y de resumir su larga obra.

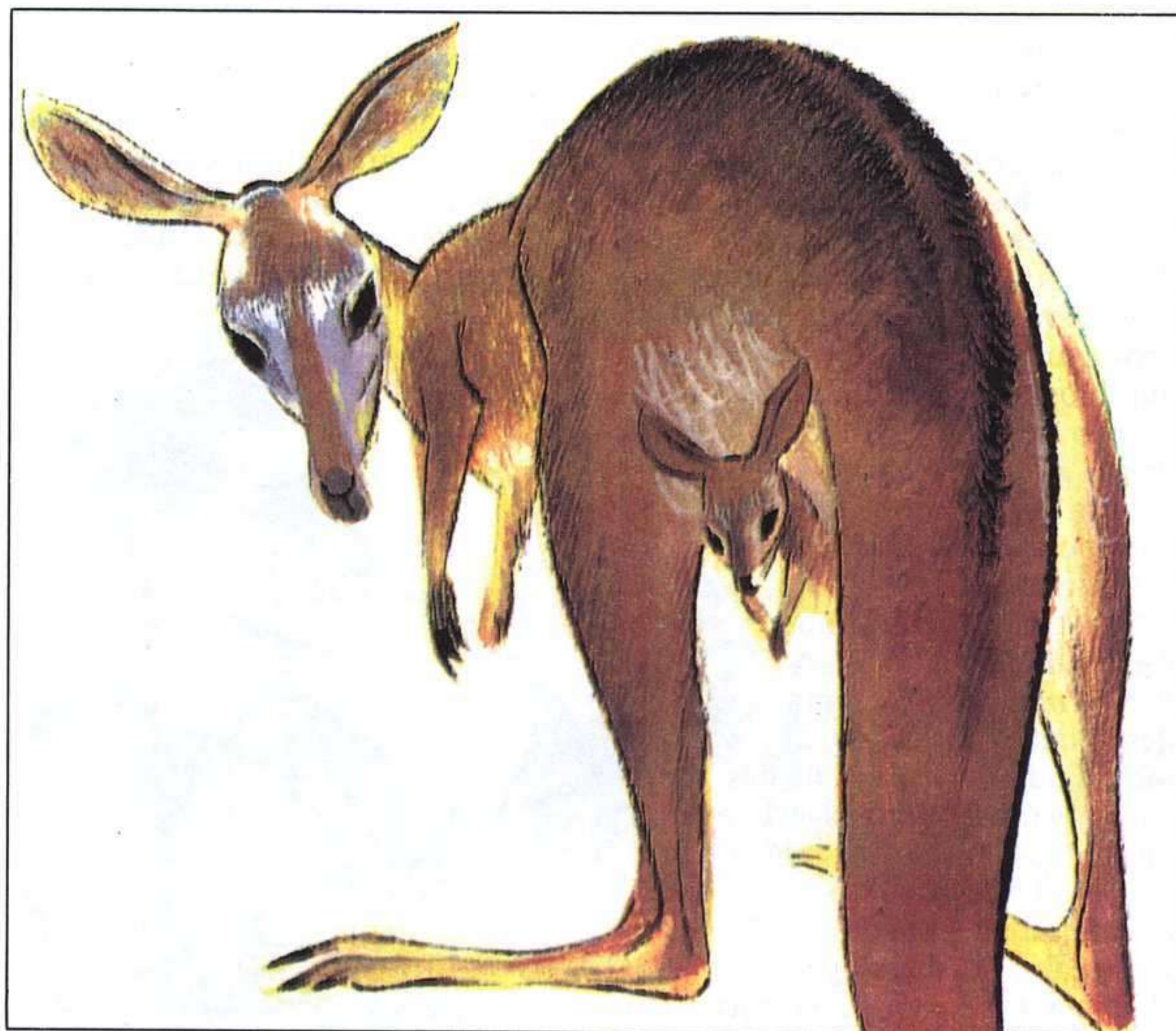
Ya era hora de referirse a Kim, a Bagheera, a Mowgli, a los pintores ciegos, a los sargentos y a los pescadores de bacalao... Quizás ha sido excesivo el preámbulo. Todos esperaban agazapados, como enseña la ley de la selva, discretos, prudentes, silenciosos, el momento de salir cuando fueran convocados. Aunque, ahora que lo pienso, ¿silencioso y discreto, Kim? La verdad es que aprendió mucho en su doctorado de espía británico, pero Kim, nuestro Kim, el Kim golfo, el mendigo hindú que oculta a un muchacho inglés, el Kim que se sentaba

sobre el cañón Zam-Zammah, ¿Kim esperando a ser convocado?... Eso es imposible, Kim se habrá largado, har-to de esperar. Y ha hecho bien, nos hemos puesto un poco pesados.

En 1950 hubo una colorida y grata película titulada *Kim de la India* —di-



Rudyard Kipling dibujado por su padre, John Lockwood Kipling.



PABLO RAMÍREZ, PRECISAMENTE ASÍ, BARCELONA: JUVENTUD, 1967.

rigida por Victor Saville, e interpretada por Dean Stockwell como Kim, y Errol Flynn en un rejuvenecido Mahbub Alí—. Fue muy divertido verla, y seguro que en su día colaboró bastante en mi afición a Kipling, dado que uno ha llevado siempre el cine en un lado del corazón y la literatura en el otro. Ahora que la pasan frecuentemente en la tele, recomiendo su visión a quien se sienta dispuesto. Pero quienes no conozcan la novela, olvídense de la película, cojan el libro, por favor, y si lo empiezan, seguro que lo devorarán. Se trata de una admirable novela, que es un relato estupendo de espías, pero también una historia emotiva en la mejor tradición aventurera adolescente, tipo Stevenson y todos los otros maestros que han sabido urdir emocionantes relatos con protagonista juvenil. Y es una novela picaresca. Kipling la definía como «una serie de irresponsables aventu-

ras». Muchos la consideramos una verdadera obra maestra.

El pícaro Kim, aunque ausente, se ha comido un buen trozo del espacio reservado a sus hermanos. No nos queda mucho más, y debemos dejar a dos de los más conocidos (aunque lo sean fundamentalmente por la versión de Walt Disney) que entonen parte de su adiós. Sacado de la despedida que dedicaron a Mowgli mientras éste avanzaba hacia el mundo de los hombres:

Asoma un pesado oso y habla:

—Fui yo, Baloo, ahora viejo, aquel que enseñó un día la senda de la selva a una ranita sabia.

Aparece una sinuosa pantera negra que también ha envejecido. Y dice:

—Soy Bagheera y conozco el valor de los hombres, pues sabéis que mi vida empezó en una jaula.

Añade Baloo:

—¡Proteged al cachorro del dolor y el peligro...!

Bagheera:

—Cachorro de hombre, no os fiéis de vuestra raza...

Pero los dos le animan:

—¡Mira, la selva entera está a tu favor, los árboles y el viento, los bosques y las aguas!

Y el cachorro de hombre apodado Mowgli (que quiere decir *la rana*), sigue su camino hacia la aldea del hombre. Sus viejos amigos quedan atrás, pero su memoria le acompañará siempre. La selva entera está a su favor.

El caballero Kipling le hizo conocer las tierras vírgenes, ahora le devuelve a su sitio. Todo es como debe ser. Pero la libertad no se olvida. Ni la poesía. Ni la generosidad. Posiblemente Mowgli las va a echar un poco de menos cuando llegue al país del Orden Establecido. Nuestro fabulador de historias contaba seguramente con esta contradicción. Aunque quizá no haya contradicción alguna, y Kipling haya sido siempre más lúcido

que todos sus detractores. En cualquier caso fue uno de los mejores narradores de su época. Y hablamos de un siglo lleno de grandes escritores. La luz de Kipling permanece. Por mucho de lo que aquí hemos dicho y por lo muchísimo que nos hemos dejado en el tintero, leerle, es la mejor forma de comprobarlo. ■

* Juan Têbar es escritor.